

Reflexiones acerca de las configuraciones revolucionarias en Túnez y Egipto¹

Hamit Bozarslan

*Centre d'études turques, ottomanes, balkaniques et centrasiatiques
École des hautes études en sciences sociales (EHESS)*

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

¿Por qué las protestas contra los regímenes autoritarios del mundo árabe se han culminado primero en Túnez y luego en Egipto? Si bien han sido numerosos los países que han dado inicio a procesos revolucionarios a partir de entonces, nada garantiza que, en un futuro próximo, éstos desemboquen en nuevos cambios de régimen. En cualquier caso, tanto Túnez como Egipto presentan unos contextos sociopolíticos específicos, que conviene identificar bien si queremos comprender los posibles efectos del «sueño de los pueblos» al que asistimos hoy en el sudeste del Mediterráneo.

Este ensayo, redactado en plena incertidumbre, mientras el mundo árabe sigue en ebullición, desea formular algunas reflexiones sobre las configuraciones revolucionarias en Túnez y Egipto², las cuales presentan numerosas analogías con las grandes revoluciones que marcaron el devenir histórico entre 1789 y 1989, aunque con evidentes rasgos diferenciadores³. Su irrupción inesperada o su advenimiento en un espacio de tiempo muy condensado, limitado a apenas unas semanas, cuando no a unos pocos días⁴, las distinguen de las grandes rupturas revolucionarias del pasado; también se diferencian por el hecho de haber sido escenario de dos procesos contradictorios y complementarios, de protesta y restauración. Precisando más, ha sido una parte del Estado, en este caso el

¹ Este texto es una traducción del artículo «Réflexions sur les configurations révolutionnaires tunisienne et égyptienne», *Mouvements*, 2011/2 nº 66, pp. 11-21, agradecemos al profesor Hamit Bozarslan su permiso para la traducción y publicación en este número.

² La noción de configuración es utilizada aquí en el sentido de N. Elias (1991).

³ Para una aproximación transversal al hecho revolucionario, ver Bozarslan (2011).

⁴ La presidencia de Ben Ali se comenzó a tambalear el 11 de enero, fecha en la que las manifestaciones llegaron a Túnez, y cayó el 14.

ejército, histórica y políticamente marginal en Túnez aunque central en Egipto, la que se ha erigido en «libertadora» de la patria, partiendo desde la revolución; en el segundo país, ha llegado igualmente a inspirar un consenso hegemónico a su alrededor para legitimar su toma del poder oficial. Por este motivo, la configuración sucedida en 2010-2011 en el mundo árabe ofrece un llamativo contraste con la de la década de los años cincuenta del siglo XX —Egipto (1952) e Irak (1958) especialmente—, en la cual el ejército radicalizó sus posiciones contra el sistema monárquico en el curso de un largo proceso revolucionario, hasta el punto de convertirse, junto a los intelectuales y a la clase obrera, en uno de sus pilares. En 2011, sólo ha intervenido tras una protesta revolucionaria, que ha rehusado reprimir para erigirse en el último bastión del Estado.

Para comprender esta coexistencia, cuando no alianza de facto entre un agente institucional de la coerción y los agentes del cambio, conviene detenerse en la cuestión del Estado en Oriente Medio. Numerosos autores, entre ellos Ümit Cizre (1999) y Michel Camau (2006:33), sugirieron en el pasado, basándose en los regímenes árabes y turco, que el Estado se había transformado en un cartel del poder. Si este fenómeno de «cartelización» se observaba casi en la totalidad de Oriente Medio, el Estado-cartel no obstante presentaba una particularidad en Egipto y Túnez: se encarnaba en un *raís* que le daba sentido, pero reunía otros componentes, en especial de control, sujetos a una curiosa dialéctica de dependencia y autonomía mutua. En los años de «normalidad», es decir, durante las largas décadas en las que el poder podía asegurar su perdurabilidad sin demasiado esfuerzo, el príncipe cumplía su papel como *primus inter pares* del cartel y disponía de una considerable autonomía respecto de los otros actores. Por otro lado, en una situación de crisis extrema como la del invierno de 2010-2011, la supervivencia de esos actores, en especial del ejército, dependió de su habilidad para afirmar su propia autonomía en relación con el príncipe. La crisis obligó en efecto a que los agentes coercitivos del Estado-cartel desarrollaran dos tipos de ingeniería política: implicados en la represión directa, aunque ineficaz, de la protesta, los servicios de seguridad e información debieron adoptar una estrategia —provisional— de «sálvese quien pueda», mientras que el ejército, ausente en la gestión cotidiana de la represión, pudo presentarse como árbitro, y más tarde como último recurso y pilar de un nuevo bloque hegemónico. Esta dualidad interna del cartel, debida a posicionamientos improvisados *ad hoc* al hilo de las manifestaciones, ha hecho ilusoria toda represión masiva, como las contempladas en otros lugares, como Teherán en 1978, Rangún en 1988 o Pekín en 1989. Las crisis egipcia y tunecina han supuesto auténticas crisis revolucionarias en el sentido de que, con los Palacios todavía ocupados

físicamente por los *rais*, estos ya no estaban en posición de imponer la obediencia a la calle; pero la calle, aun disponiendo de prácticamente toda la iniciativa, no tenía los medios de tomar los palacios. Al contrario que en los casos birmano y chino, la calle no ha sido aplastada, y al revés que en el ejemplo iraní, la revolución ha triunfado sin que eso haya supuesto la disolución del Estado, porque el componente desgajado del cartel ha conseguido asegurar su supervivencia.

AGENTES VOLUNTARIOS Y OBLIGADOS DE LA REVOLUCIÓN

A consecuencia de la implicación pasiva aunque determinante del ejército, la configuración revolucionaria ha generado en ambos países la coexistencia —a la vez que la confrontación— de diversos tipos de agentes que han tratado de monopolizar el sentido de la revolución. El primero de estos agentes, denominado como «la calle» (también cabría decir «la plaza»), ha sido sin duda el único capaz de movilizar las redes sociales existentes entre los pobres, y luego entre los jóvenes no tan pobres, en especial las clases medias e intelectuales, ganando en amplitud debido en gran medida a la espontaneidad de las dinámicas de su acción. A pesar de constituirse en punta de lanza del movimiento, carecía de una experiencia política previa, y no contaba forzosamente con los medios para consolidarse a largo plazo. Durante un periodo al menos, ha disfrutado de la simpatía de las clases medias, que perseguían también un cambio radical, aunque veían con miedo la posibilidad de que la situación de inestabilidad se prolongara (hay que recordar en este punto la posición central del sector turístico en la economía de los dos países).

Los partidos políticos estructurados, que desde hacía tiempo aguardaban la invitación del cartel para sentarse a la mesa de la cooptación, y las «figuras de la oposición», con un gran prestigio internacional pero sin una base real, constituyeron el segundo agente de la protesta. Ganaron su puesto en la arena revolucionaria sólo en un segundo momento, no sin generar inquietud, y ciertamente entre grandes dosis de incompreensión, dentro de un escenario que teóricamente habían previsto pero que los sobrepasaba por completo. Ya se tratara de an-Nahda o de los Hermanos Musulmanes, de la UGTT (Unión General de Trabajadores Tunecinos), o del Wafd egipcio, por no hablar de figuras como Amr Moussa o Al Baradei, estas formaciones y personalidades se han legitimado a la vez por su oposición abierta o timorata al régimen o por su oportuna adhesión a la protesta, pero también por su «sentido de la

responsabilidad», lo que les ha empujado a privilegiar la estabilidad y la defensa del orden frente a la salida del *rais* defenestrado.

En definitiva, como hemos subrayado, mediante la intermediación del ejército, y con su estela de personalidades de segundo rango, el antiguo orden ha acabado encontrando nuevos aires de legitimidad en la protesta. Desde el primer ministro tunecino Mohamed Ghannouchi⁵, que se ha presentado como víctima del régimen de Ben Ali (al mismo nivel que «los otros tunecinos»), hasta el imperturbable ministro de Defensa de Mubarak, han sido abundantes los «antiguos» que han intentado asegurar su supervivencia tanto mediante la revolución como mediante el antiguo orden que representaban.

¿POR QUÉ TÚNEZ Y EGIPTO?

Victor Hugo lo percibió en su tiempo: una revolución es al comienzo una tempestad imprevisible que, además de conmocionar a su paso todas las líneas de fuerza presentes, desencadena nuevas dinámicas que no existían con anterioridad. Ésta es la razón principal por la que una revolución sólo revela su sentido heurístico a posteriori, volviendo baldío todo debate sobre su previsibilidad.

Ciertamente, antes de diciembre de 2010 y de febrero de 2011, disponíamos de datos, secuenciales y cuantitativos (por ejemplo, las estadísticas de los movimientos sociales), o cualitativos (monografías sectoriales o locales), acerca de esos dos espacios donde, a diferencia de países como Siria o Irán, resultaba relativamente fácil llevar a cabo investigaciones sobre temas considerados como poco sensibles. Los analistas conocían por lo tanto las dinámicas estructurales de peso, inscritas en el tiempo, susceptibles de protagonizar una protesta radical. Sin embargo, al igual que en otros lugares, no había manera de anticipar las dinámicas más relevantes del movimiento, inventadas sobre la marcha durante la protesta, y metamorfoseadas al hilo de la acción para adquirir nuevas significaciones incesantemente. Aquí es donde se llena de sentido la fórmula que Michelet utilizaba para rememorar la Revolución francesa: «el tiempo ya no existía, el tiempo había muerto»⁶.

⁵ Nota de la edición francesa: que después ha dimitido.

⁶ Citado por F. Furet (2007:892).

En el momento de escribir estas líneas (20 de febrero del 2011), la onda expansiva egipcio-tunecina se extiende hasta los países del Golfo e Irán, donde el «tiempo muerto» no ha sido reemplazado por un tiempo de «estabilidad» (tampoco en el poder). Esta inestabilidad temporal fuerza a los investigadores a navegar a tientas para comprender el movimiento en curso, pero permite dotar a la configuración revolucionaria de una función heurística para así entender, a posteriori, el contexto socio-histórico en el que se ha producido. Se puede sugerir ya, sin perder de vista las protestas que se desarrollan hoy en el resto de Oriente Medio, que algunas especificidades de Egipto y Túnez han deparado una protesta revolucionaria mucho más plausible, sin que eso suponga descartar escenarios análogos en el resto del mundo árabe y de Oriente Medio en su concepción más amplia.

En efecto, desde el comienzo del siglo XIX, las dos sociedades experimentaron, bajo el enérgico impulso de Mohamed Ali o del *beylicat*, una centralización avanzada del Estado, dotándolo de una administración eficaz: también lograron igualmente homogeneizar buena parte del territorio y relegar a las tribus a una marginalidad social y política. Si el factor tribal, comprendido en su dimensión transfronteriza, existe igualmente en ambos lugares, resulta difícil imaginar el tribalismo como un elemento político decisivo, como lo es en los casos de Argelia, Irak, Jordania e incluso Turquía. Igualmente, si el campo y la provincia, como microclima cultural, político u social, conservan una vivacidad notable —sirvan de prueba la protesta tunecina, que arrancó en localidades periféricas antes de ganar Túnez, o las huelgas que han sacudido lugares como Mahalla al-Kubra en Egipto desde hace años—, la centralidad del poder no impide que una oposición creíble devenga «nacional» para tomar, en última instancia, la capital. En fin, a pesar del «problema copto» en Egipto, cuya gravedad nadie puede negar, las dos sociedades eluden la fragmentación y/o un sistema de dominación de tipo comunitario como los observados en Siria o Irak (por no mencionar Líbano). Como han mostrado ampliamente las manifestaciones recientes, el problema copto, que responde al menoscabo histórico, jurídico y político de una comunidad cristiana en tierra del Islam, y no a una etnización de la confesión, no impide en absoluto las socializaciones y movilizaciones políticas mixtas.

Si bien estos datos, en su contexto histórico, permitieron que naciera entre los manifestantes la conciencia de hacer «pueblo», traspasando barreras generacionales, confesionales y, en cierta medida, también las de clase, no son los únicos que deben valorarse. Hay que tener en cuenta igualmente las especificidades del «Estado-Ben Ali» y del «Estado-Mubarak», que encarnaban una serie de paradojas de cuya perennidad dependía la supervivencia del

régimen. Al mismo tiempo, estos Estados resultaban demasiado cerrados y demasiado abiertos, demasiado modernos y demasiado anacrónicos, demasiado razonables y demasiado «insensatos». Personificados en un jefe único, habían instaurado, tanto a escala presidencial como a escala legislativa, un sistema plebiscitario que no engañaba a nadie, ni en el interior ni en el exterior⁷. En ambos casos, el clientelismo y la total fusión de la familia presidencial con la esfera de los negocios habían adoptado la forma de una simple y pura depredación, conocida por todos. En definitiva, los dos Estados habían renunciado totalmente a establecer una ingeniería política fundada en la elaboración de un bloque hegemónico, ya fuera movilizándose en torno al problema palestino (aparecían por el contrario, principalmente en el caso egipcio, como estados vasallos de Israel) o evidenciando un interés por la cuestión social. Una de las principales soluciones halladas para resolver la engorrosa «cuestión social» fue delegar en los agentes de la caridad, en parte islamistas, incluso cuando en Túnez el Estado seguía manteniendo una parte importante de la gestión en ese campo. Al tolerar el conservadurismo social — cuando no se favorecía declaradamente—, estos Estados pusieron sus esperanzas en las domesticadas clases acomodadas, espejo de su «modernidad», cuya obediencia parecía garantizar la perdurabilidad del régimen. Y por último, el crédito simbólico y de seguridad otorgado por los Estados Unidos y por Europa a estos gobiernos les hizo confiar demasiado en su pervivencia, sin que se dieran cuenta de que esas prebendas iban a agravar indefectiblemente su crisis de legitimidad interna.

Por otro lado, las dos sociedades figuraban entre las más abiertas de Oriente Medio, algo certificado por la trashumancia turística de un solo sentido, sin exigencia de visado previo, que ha llevado a millones de europeos hasta unos territorios que los «indígenas» de los dos países sólo podían abandonar en embarcaciones de fortuna, con los riesgos y peligros asociados. La formación de diásporas salidas de ambas naciones, al fijar una comunicación constante con el resto del mundo, así como el relato, inevitablemente mítico, de aquello que era posible en El Dorado occidental —junto a los folletines televisivos que mostraban la vida escandalosamente lujosa de esas élites—, intensificaron los efectos de la propia apertura de esos regímenes (recordemos a este propósito el éxito de la muy subversiva serie creada a partir de *L'immeuble Yacoubian* [*El edificio Yacobián*] de Alaa Al Aswany, estrenada en 2002 y programada por las cadenas egipcias y otras cadenas árabes). En numerosos lugares, aunque se

⁷ En ese sentido, las elecciones presidenciales de 2009 en Túnez y las legislativas de 2010 en Egipto parecen haber estado de más.

respetara al presidente, se criticaba ferozmente a su familia y a su círculo, demostrando que los poderes habían perdido su «inmunidad» y que, en todo caso, carecían de los medios para controlar esa «difusión de informaciones» que no requería en absoluto de la intermediación de lo virtual.

Los *rais* se sometían regularmente a plebiscitos en las elecciones, y en contrapartida los poderes aceptaban reconducir el pacto de no agresión con sus sociedades, sin ni siquiera buscar ejercer su autoridad. Ciertamente, los universitarios estaban obligados a firmar, de mala gana, peticiones para que el «muy querido rais», que ha trabajado «tanto por la patria», se presentara a los siguientes comicios; sin embargo, el mundo académico, con vínculos estrechos con Francia y el mundo anglo-americano, siguió albergando debates sofisticados y una disidencia conocida por todos. Aún más importante, mientras que los dos Estados parecían únicamente en manos de los «ricos» (los cuales por otra parte exhibían sin rebozo su estatus de clase), su retirada de numerosos espacios, educativos y sanitarios, laborales y de vivienda, permitió un incremento considerable de la autonomía de amplios sectores de la sociedad. Los «barrios», convertidos en verdad en auténticas ciudades, se autogestionaban al margen del «ojo del poder», estableciendo sus propios mecanismos de regulación y control, algo que les permitió posteriormente formar sin tardanza «milicias urbanas» contra los pilares del régimen en la fase más intensa de las movilizaciones. Por último, en ambos países el número de protestas cotidianas iba en aumento año tras año, aun cuando tuvieran una dimensión local y estuvieran motivadas también por un «asunto» local.

¿SALIDA DE LA FATIGA SOCIAL?

Numerosos observadores de los escenarios egipcio y tunecino han subrayado el papel que lo virtual ha desempeñado en las configuraciones revolucionarias. Se trata de un hecho no del todo nuevo en la historia moderna de las revoluciones, pero que ha adquirido una amplitud inédita. En su momento, los telespectadores de todo el mundo pudieron seguir día a día el desarrollo de la revolución iraní; las revoluciones egipcia y tunecina se han mostrado al mundo minuto a minuto, hasta saturar por completo los medios de comunicación, ya fueran de nuevo o antiguo cuño. Los nuevos canales, en mayor grado que las videocasetes de Jomeini en Irán, han participado de hecho en la génesis del contexto revolucionario de esos países. Y, vinculado a esto, la protesta se ha visto impulsada por el sentido último de un dato ya conocido: millones de tunecinos y egipcios, incluso los más pobres, tenían acceso a Internet. En el curso de los

acontecimientos, ellos también se han revelado como ciudadanos aplicados en la llamada sociedad de la información, capaces de poner en marcha en pocos días las estrategias necesarias para sortear el «cierre» del espacio virtual ordenado por los decretos ministeriales.

Sin embargo, no hay que olvidar que, si bien lo virtual ha acelerado considerablemente el desencadenamiento del contexto revolucionario, éste no ha sido, en último término, en absoluto «virtual». De hecho, las federaciones de militantes, los círculos y los ciclos de la movilización, y, en algunos casos, las comunicaciones electrónicas, han sido del todo reales, hasta podría decirse que de factura clásica, facilitando la comparación con los ejemplos revolucionarios del pasado desde cualquier enfoque. El grafismo revolucionario ha podido ser concebido con la asistencia de lo virtual, pero los carteles, y también los graffiti, han sido impresos o grabados en un soporte físico que, no obstante, se ha dado a conocer en el mundo entero mediante la ventana virtual.

Es importante situar lo «real» en una escala temporal prolongada para aprehender su sentido en el ámbito de la ruptura, más allá del simple momento de la protesta. Cualesquiera que sean los escenarios que puedan materializarse en Egipto o Túnez, sin mencionar siquiera a otros países como Bahrein, Argelia, Yemen o Libia, resulta innegable que, al acabar el invierno de 2010-2011, el mundo árabe habrá tenido un ejemplo de cómo salir con estrépito de la «fatiga social» que le había caracterizado durante largas décadas. Ya se tradujera en una desmovilización general en la escala macro, o en el recurso a la violencia de ciertos segmentos al margen de la sociedad —provocando el nacimiento de un universo marcado enteramente por la cuestión de la seguridad—, esa fatiga carecía de toda capacidad para desembocar en un cambio de régimen. La protesta masiva surgida en Egipto y Túnez ha constituido en cierta manera el contragolpe sartriano de esa fatiga⁸, y se ha producido justamente cuando su precio se había vuelto prohibitivo, tanto en términos de supervivencia como de dignidad. No sorprende en absoluto su coincidencia con las inmolaciones con fuego, al principio en Túnez y luego en otros países, que evidenciaron que los efectos de la miseria se agravaban al negárseles la dignidad a los «infrahumanos»⁹, y que el «sistema» se había vuelto «inverosímil» tanto en su «ser» como en su exigencia de obediencia, y a consecuencia de eso, inaceptable desde entonces (De Certeau, 1993:26). Los regímenes han demostrado ser los que contaban con una idea más equivocada sobre su estabilidad, en su creencia de que habían alcanzado la

⁸ Consultar especialmente J.-P. Sartre (2000, e.o.1939).

⁹ La expresión es usada por el novelista argelino Yasmina Khadra.

perfección mediante un sistema que homologaba repetidas victorias electorales y provocaba la obediencia por la simple fuerza de sus inercias, por la propia inacción de la gerontocracia. Infortunio para los príncipes cuya máquina de poder se muestra demasiado rodada, habría dicho Ibn Khaldun, pensador árabe del siglo XIV.

Conviene pues estimar cuánto debe lo estructural a lo coyuntural para que una configuración revolucionaria se haga posible. Lo «coyuntural» remite también en este caso a la gestión de la protesta revolucionaria y dice mucho sobre la crisis epistemológica de los poderes, al explicar por qué las cronologías tunecinas y egipcias se volvieron súbitamente tan vertiginosas. Pocos días antes de su partida, «todo Túnez y todo El Cairo» temblaban aún en presencia de Ben Ali o Mubarak. Sin embargo, ya para entonces los dos presidentes estaban despojados de un discurso de legitimidad que no fuera el que procedía de la propia calle, hasta el extremo de que un patético Mubarak llegó a conceder a las víctimas de su propia represión el honor supremo de los «mártires» durante su última alocución. Los dos *rais* no hicieron frente sólo a una disidencia declarada, sino también a un vacío de sentido, que ambos intentaron llenar aceptando la legitimidad de la demanda popular, aunque posponiendo su aplicación. Ben Ali realizó la promesa de no volver a presentarse para su sexto mandato en 2014, mientras que Mubarak se comprometió solemnemente a dejar el poder al término de su último mandato en septiembre de 2011. No se trataba únicamente de un reconocimiento de su debilidad; la petición de aplazamiento venía a implorar públicamente a las dos sociedades que secundaran a sus *rais* respectivos, ya absolutamente deslegitimados, aunque sólo por un tiempo limitado. Espectadores asombrados ante su propia capacidad para «hacer pueblo», así como ante la incapacidad, ya más bien imposibilidad, de los regímenes para recurrir a una coerción eficaz, convencidos por otra parte de que «los Estados Unidos los habían abandonado», los manifestantes no tuvieron ninguna dificultad para comprender que los *rais* estaban al límite. En cierto sentido, fue el reconocimiento de su propia ilegitimidad por parte de los príncipes lo que transformó sus reinos en «antiguos regímenes»; al dejar claro en el instante clave que sus poderes personales se perpetuaban en el tiempo por una *illusio*, por los efectos de una superchería, permitieron que su pueblo pasara de «nada» a «todo» (Sieyès, 1798).

Aún es pronto para saber si esta salida de la fatiga social se afianzará en el tiempo, y todavía es más difícil saber si se extenderá al conjunto del mundo árabe, sirviendo como factor desencadenante de un nuevo ciclo histórico. No

voy a volver sobre una idea que ya he desarrollado en otro lugar¹⁰; me contentaré con recordar que Oriente Medio ha conocido, en el curso de las tres décadas precedentes, tres ciclos históricos (1979-1989/1990; 1990-2001 y 2001-), definidos cada uno de ellos por la protesta islamista a escala regional (revolución iraní, guerra de Afganistán, guerrillas islamistas en Egipto y Argelia, los atentados del 11 de septiembre), y por las guerras de mayor alcance (guerra Irán-Irak, guerra de Afganistán, guerra civil libanesa, guerra del Golfo de 1990-1991, guerras del siglo XXI). Por encima de todo, el fin de los dos primeros ciclos (1979-1989/1990; 1990-2001) atestiguó el deseo de un cambio radical de régimen.

Esas expectativas, abortadas por dos veces, nunca han estado tan vivas ni se han diferenciado tanto de las pasiones que sacudieron el mundo árabe entre 1950 y 1980, cuando una buena parte de las «fuerzas vivas» de la sociedad sucumbió primero al encanto del nacionalismo de izquierdas, que se creía conduciría al nacimiento del poder del «pueblo unido contra el imperialismo y el sionismo», y luego al islamismo, el cual llevaría a la salvación mediante el retorno al modelo profético o la partida escatológica del mundo terreno. Las expectativas del invierno del 2010-2011 fueron, al menos en el punto álgido de las movilizaciones, las propias de una sociedad a la par unida y plural, armónica y, sin embargo, conflictiva. Sin duda, la condensación crono-espacial de la protesta no permite la elaboración de un pensamiento reflexivo sobre la acción desarrollada; el imaginario de un «presidente elegido» y justo, amante de su pueblo y preocupado por una familia en la que él cumple el papel de «buen padre» (como el ejército del «pueblo» que rechaza disparar contra la madre nutricia de la que es originario), supuso un freno a la amplificación de la disidencia. Por otra parte, ¿qué revolución no se ha sugestionado con la utopía de saltar de una edad de oro de bondad y justicia hasta un porvenir igualmente bueno y justo, erradicando el tiempo presente, caracterizado por la corrupción y la represión, gracias a la dirección de un hombre enviado por la providencia? No obstante, por primera vez dentro del contexto árabe, este sueño ha procedido de una sociedad armónica en tanto que legítimamente compleja y naturalmente conflictiva. Con independencia de las evoluciones futuras, se trata en potencia de una ruptura de considerable calado. Durante el periodo de 1979-2010/2011, el mundo árabe tuvo los ojos puestos en las trayectorias iraní y afgana, percibidas como las matrices probables, cuando no obligadas, de la «liberación de Argelia o de El Cairo», que concluiría con la de Jerusalén (Burgat, 2005: 151). A partir de ahora, por primera vez en muchas décadas, el mundo árabe puede concentrarse

¹⁰ Consultar especialmente H. Bozarslan (2011).

en sus propios espacios, ya se trate de la avenida Buorguiba o de la plaza Tahrir, para repensarse a partir de esas experiencias y dotarse de una referencia matricial cuyas secuencias están completamente filmadas y archivadas.

INCERTIDUMBRES E HIPÓTESIS PARA EL FUTURO

El futuro de las revoluciones egipcia y tunecina dependerá de numerosos factores, entre los que figuran los recursos políticos y simbólicos de los que dispondrá la calle, las oposiciones estructuradas, y también los hombres del «antiguo orden», siempre al mando pese a que hoy abjuran oficialmente de los «antiguos regímenes». Probablemente se demuestren difíciles de superar las siguientes tensiones: de la disidencia *versus* la capacidad de movilizar los recursos de la coerción, de la simpatía de las sociedades frente a la renta de seguridad suministrada por el sistema-mundo y de la demanda de un cambio radical de régimen (que se traduce por la evolución de la frase «*raís, márchate*» a «sistema, márchate») *versus* la «razón pragmática de los opositores responsables». Sin entregarnos aquí a un juego de suposiciones, hay que reconocer que la «calle», que dio la configuración revolucionaria posible y dispone de recursos simbólicos considerables, no parece disfrutar de las bazas regentes u organizativas que monopolizan los hombres del orden o los opositores en busca de la cooptación, hasta el punto de que es de temer una recomposición del Estado-cartel sobre la base de nuevas alianzas tras la depuración de ciertos elementos muy «desgastados», en especial los implicados en la represión directa.

Ambas sociedades afrontan hoy en efecto un mismo problema: cómo pasar de la incertidumbre revolucionaria a la incertidumbre democrática, tal como la conceptualizó Claude Lefort (2004), una incertidumbre inédita en las dos sociedades, que exige el establecimiento de estructuras políticas y de unas reglas de juego democráticas. La respuesta a esta cuestión dependerá igualmente de un conjunto de factores que van de la reanudación de las movilizaciones por parte de la calle a la capacidad del Estado para imponer el imperativo hobbesiano de seguridad; de la actitud de las clases medias, duramente afectadas por la crisis, a la actividad de los grupos islamistas radicales, de momento llamativamente ausentes de la escena (sin contar las evoluciones futuras del movimiento islamista «mainstream», que por el momento rechaza el recurso a la violencia); o de la suerte de las protestas en otros países de Oriente Medio a la evolución de los problemas regionales.

Este último punto es particularmente sensible, y también puede alimentar nuevas protestas que sirvan de fuente de legitimación para los nuevos dirigentes. Es cierto que la «cuestión nacional árabe» que, sin ánimo de simplificarla, se circunscribe sobre todo al conflicto israelí-palestino, ha estado particularmente ausente de las protestas del invierno de 2010-2011, así como los eslóganes anti-estadounidenses o anti-occidentales, que sin embargo han sido tan comunes en la región desde la revolución iraní. La posición del presidente Obama, que se desmarcó relativamente de los dos *raís*, sin duda jugó un papel en el descenso de esa tensión «anti-imperialista» que recorrió la «calle árabe» durante los primeros años del siglo XXI. Pero no hay que llevarse a engaño: la búsqueda de un «padre» justo, defensor de su «familia» árabe y de la dignidad de ésta, no ha desaparecido pese a todo. Lo que hace tan popular al Primer Ministro turco Recep Tayyip Erdogan no es solamente su presunta capacidad para combinar «democracia» e «Islam», sino sobre todo sus posiciones anti-israelíes (teñidas en ocasiones de anti-semitismo), que ofrecen un modelo de «resistente» del que se carecía.

A modo de conclusión provisional, hay que recordar que en la base de la crisis revolucionaria tunecina y egipcia existe una triple acusación formulada contra los regímenes: política –se convirtieron en cárteles cerrados que laminaban las fuerzas políticas–; social –desde las *Infitah* («aperturas» económicas) entre los años 1970-1980, habían renunciado a cualquier política de integración y justicia social–; y nacional –petrificados ante los Estados Unidos e Israel, en cualquier caso habían «traicionado» a la «nación árabe»–. Sólo el tiempo nos dirá qué fórmula logra resolver la cuestión política en ambos países; no obstante, resulta evidente que al menos que se cree un «plan Marshall» de envergadura, la cuestión social, traducida en una multitud de huelgas, seguirá estando en el núcleo de todo. A falta de una solución, los próximos gobernantes, y también las futuras oposiciones y protestas, podrían sentirse tentados de entrar en una escalada de la cuestión nacional. Si tras décadas prestando su sostén a los regímenes autoritarios árabes, Washington y las capitales europeas terminaron por declararse –sin algunas últimas tergiversaciones– a favor de la democracia en el mundo árabe, no hay, al menos de momento, signos de un cambio de su política con respecto a la cuestión palestina. Y, sin embargo, no es difícil pronosticar que el futuro de las sociedades árabes, comenzando por las de Egipto y Túnez, se jugará también en ese terreno.

BIBLIOGRAFÍA

- BOZARSLAN, H. (2011): *Sociologie politique du Moyen-Orient*, París, La Découverte.
- BOZARSLAN, H.; BATAILLON, G. y JAFFRELOT, C. (2011): *Passions révolutionnaires*, París, Éditions de l'EHESS.
- BURGAT, F. (2005): *L'Islamisme à l'heure d'al-Qaida. Réislamisation, modernisation, radicalisations*, París, La Découverte.
- CAMAU, M. (2006): "L'exception autoritaire ou l'improbable point d'Archimède de la politique dans le monde arabe", en E. PICARD (dir.), *La politique dans le monde arabe*, París, Armand Colin, pp. 29-54.
- CIZRE, Ü. (1999): *Muktedirlerin Siyaseti*, Estambul, Iletisim.
- DE CERTEAU, M. (1993): *La culture au pluriel*, París, La Seuil.
- ELIAS, N. (1991): *Qu'est-ce que la sociologie?*, La Tour d'Aigues, Éditions de l'Aube.
- FURET, F. (2007): *La Révolution française*, París, Gallimard.
- LEFORT, G. (2004): *L'Invention démocratique. Les limites de la domination totalitaire*, París, Fayard.
- SARTRE, J.-P. (2000): *Esquisse pour une théorie des émotions*, París, Livre de poche (e.o.1939).
- SIEYES, E.-J.: *Qu'est-ce que le Tiers-État?*, janvier 1789.

Hamit Bozarслан es Doctor en Historia (Les courants de pensée dans l'empire ottoman, 1908-1918, bajo la dirección de François Furet, EHESS, 1992) y en Ciencias Políticas (Etats et minorités au moyen-orient. la régionalisation de la question kurde, bajo la dirección de Remy Leveau, IEP de París, 1994). Disfrutó de una beca de investigación en el Centro Marc Bloch (1995-1997) y «visiting fellow» en la Universidad de Princeton (1998). Elegido «maitre de conference» en l'EHESS en 1998 y director de estudios en la misma institución en 2006. Ha codirigido con Daniel Rivet y Jean-Philippe Bras, l'IISSM (Institut d'Etudes de l'Islam et des Sociétés du Monde Musulman) entre 2002 y 2008. Es miembro del comité de redacción de las revistas Cultures et Conflits y Critique Internationale y miembro de la Société Asiatique.